

celo muchas veces no reportará todo el éxito que tiene derecho á esperar.

Nada fatiga su paciencia, nada le aparta de su dulzura. Sin quejarse de las turbas indiscretas que se agolpaban á El para oírle: *Cum turbæ irruerent in eum, ut audirent verbum Dei* (1) y le impedían casi respirar, *et comprimebant eum* (2) se contenta con subir á una barca, que le aleja un poco de la orilla, y prosigue desde ella su instrucción.—Con qué prudencia se acomoda á los caracteres, á las disposiciones, á las necesidades de los que le escuchan, elevando su discurso ó bajándolo á fin de que esté al alcance de todos! Si habla á los doctores de la ley, emplea razonamientos más enérgicos, porque son capaces de entenderlos; les constriñe con la Escritura: *Scruta mini Scripturas*. Pero cuando se dirige al pueblo, no hay nada más sencillo que su palabra. Son máximas cortas y fáciles, sacadas de objetos que todos tienen á la vista: la viña, la simiente, la higuera, las ovejas, la flor de los campos, etc. Adapta siempre su lenguaje á la capacidad de los oyentes: *Prout poterant udire* (3). Tal ha sido el método de Jesucristo, de los apóstoles y de todos los santos predicadores; ¿ha sido también el mío?

Como preparación para la Misa, y en la acción de gracias, rogad á Nuestro Señor que esté siempre con vos, en vuestro corazón y en vuestros labios cuando anunciáis su Evangelio, á fin de que se haga sensible á los oyentes la virtud de su divino Espíritu en cada una de vuestras palabras, y para que desempeñéis digna y útilmente tan importantes ministerios: *Dominus sit in corde meo et in labiis meis, ut digne et competenter annuntiem Evangelium. Amen.*

(1) Luc., V, 1.

(2) Marc., V, 24.

(3) Matth., IV, 33.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.— *Jesucristo nos enseña lo que debemos predicar*. La misión del Sacerdote es anunciar el Evangelio: *predicate Evangelium*. El fin que se ha propuesto el Hijo de Dios al instituir la predicación es el salvar á los hombres. Enseñar lo que es de necesidad; ¡oh cuántos lo ignoran! Enseñar el dogma, fundamento de la moral.—Lo que se debe hacer, lo que se ha de evitar.—Los novísimos.—El conjunto de la Religión.—Pero sobre todo predicar á Jesucristo y á Jesucristo crucificado.

PUNTO SEGUNDO.— *Jesucristo nos muestra como debemos predicar*. En todas sus predicaciones, como que el Espíritu de Dios le anima y le dirige en todo, se hacen notar el ardor, la paciencia, la prudencia del celo. Nada altera su paciencia, nada amarga su dulzura. ¡Con qué prudencia se adapta á los caracteres, á las disposiciones, á las necesidades! *Prout poterant audire*. Y ¡cómo se pone al alcance de todos cuantos le escuchan!

MEDITACIÓN LXIV

*El predicador debe ser hombre de súplica y de oración.
Esta verdad se demuestra*

- I. Por la Escritura y la Tradición.
- II. Por el sentimiento y la práctica de todos los buenos predicadores.
- III. Por la naturaleza de la misma predicación.

PUNTO I

La Escritura y la Tradición

1.º Los antiguos profetas sólo hablaban á los hombres después de haber consultado con Dios lo que tenían que decir: *Audies de ore meo verbum*, dijo el

Señor á Ezequiel, *et annuntiabis eis ex me* (1). Los apóstoles, á ejemplo de Jesucristo, unían la oración á la predicación como cosas inseparables: pero de tal manera que señalaban el primer lugar á la oración, como que es la fuente en la que ha de beber la predicación útil. *Nos vero orationi et ministerio verbi instantes erimus* (2). San Pablo citaba á Dios como testigo de que no cesaba de orar por aquellos á cuya salvación le habían consagrado su providencia: *Testis mihi est Deus..., quod sine intermissione memoriam vestri facio semper in orationibus meis* (3). Excita á los fieles para que junten con las suyas sus oraciones, á fin de que rinda frutos su predicación: *ut detur mihi sermo in operatione oris mei, cum fiducia notum facere mysterium Evangelii* (4).—*Orantes... pro nobis, ut Deus aperiat nobis ostium sermonis ad loquendum mysterium Christi... ut manifestem illud ita ut oportet me loqui* (5). *Fratres, orate pro nobis, ut sermo Dei currat et clarificetur* (6). ¿Qué predicador se atrevería á persuadirse de que le es menos necesaria la oración, que al Apóstol arrebatado al tercer Cielo, é instruido inmediatamente por el mismo Dios?

2.º Los doctores de la Iglesia insisten en este punto. Hablando del predicador, dice San Gregorio: *Prius aurem cordis aperiat voci Creatoris, et postmodum os sui corporis aperiat auribus plebis* (7). Enseña Sto. Tomás que toda buena predicación se desprende de la plenitud de la oración: *Ex plenitudine contemplationis prædicatio derivatur* (8). Dice San Agustín que las oraciones piadosas son más necesarias al ministro de la palabra divina, que todos los recursos del arte oratorio: *Pietate magis orationum, quam oratorum facultate indiget*. Antes de cumplir en medio

- (1) Ezech., III, 17.
- (2) Act., VI, 4.
- (3) Rom., I, 9.
- (4) Eph., VI, 19.
- (5) Col., IV, 3, 4.
- (6) II Thess., III, 1.
- (7) *In Ezech.*, l. I, Homil. 1.
- (8) S. Thom., 2. 2. q. 188, art. 6.

de los pueblos la función de doctor, que tenga gran cuidado de llenar ante Dios el oficio de suplicante: *Sit orator antequam dictor*. Que duplique el fervor de su oración, á medida que se acerca el momento de hablar, para que sea su discurso sólo la comunicación de los santos afectos concebidos en la oración: *Priusquam exerat proferetem linguam, ad Deum levet animam sitientem, ut eructet quod biberit, vel quod impleverit fundat*. Y la razón que da de este precepto es la siguiente: *Quis novit, dice, quid ad præsens tempus dicere expediat, nisi qui corda omnium novit? et quis facit ut quod oportet, et quemadmodum oportet, dicatur a nobis, nisi in cujus manu sunt et nos sermones nostri?* (1). Haced ¡oh Dios mío! que penetre esta verdad en el corazón de vuestros ministros, que llene el alma de los que tienen el honroso ministerio de anunciar vuestra palabra, y la veremos obrar prodigios para la gloria de vuestro nombre y la santificación de vuestro pueblo.

PUNTO II

El sentimiento y la práctica de los verdaderos predicadores ha confirmado siempre esta doctrina

«El primer aviso que tengo que daros para que ejercitéis con fruto el ministerio de la predicación es el orar bien; el segundo, que oréis bien; el tercero, el cuarto, el quinto, el décimo es que oréis bien» (2). —«Los ministros de Jesucristo, dice Bossuet, tienen dos funciones principales: deben hablar á Dios por la oración; deben hablar á los pueblos por la predicación del Evangelio... Sacerdotes, que sois los ángeles del Dios de los ejércitos, debéis subir y bajar sin descanso como los ángeles que vió Jacob en aquella escala misteriosa. Subís de la tierra al Cielo, cuando unís vuestros espíritus á Dios por la ora-

- (1) S. Aug., l. IV, *de doctrina Christ.*
- (2) P. Lejeune.

ción; descendéis del Cielo á la tierra, cuando lleváis á los hombres sus órdenes y su palabra. Subid, pues, descended una y otra vez sin cesar, es decir, orad y predicad: hablad á Dios, hablad á los hombres; id primero á recibir, y venid después á infundir luces; luego á regar la tierra y hacer germinar el fruto de vida... No me admiro de que un fiel siervo de Dios, (el P. Bousgoing), predicara tan santamente el misterio de Jesucristo, que había meditado con tanta profundidad. ¡Oh Dios eterno y vivo, qué celo, cuánta unción, qué fuerza y suavidad! (1).»

Todos los hombres de Dios que recibieren el don de hacer cosas muy grandes por la predicación, han proclamado con voz unánime que es la oración el verdadero resorte de la elocuencia cristiana; y amplían con fidelidad lo que enseñaban. Se les veía subir al púlpito después de horas y de noches enteras pasadas en oración. Por eso, «la palabra del Evangelio salía de sus labios viva, penetrante, animada, del todo llena de espíritu y de fuego. Eran sus sermones, más que el fruto lento y tardío del estudio, la inspiración de celestial fervor, de pronta é inmediata iluminación (2).» Sabían llenarse de la gracia que da la oración para moverse y mover á los demás. Sus íntimas comunicaciones con Dios eran la verdadera causa del resultado que lograban. Será preciso preguntar ahora, ¿por qué la misma palabra, que era espada de dos filos en sus manos é instrumento de tantas victorias alcanzadas contra el infierno, no es en las mías sino arma gastada, incapaz de hacer en las almas heridas saludables? ¿Qué es entonces, un predicador sin espíritu de oración? *Es sonans, aut cymbalum tinniens* (3).

- (1) Orac. funeb. dñ P. Bourgoing.
- (2) Boss. *Ibid.*
- (3) I Cor., XIII, 1.

PUNTO III

La naturaleza misma de la predicación exige el espíritu de oración

Hemos visto como el Apóstol expone los motivos que le obligaban á orar y á pedir oraciones para el buen resultado de su predicación: la oración prepara los caminos á la palabra de Dios. Destruye los obstáculos que le impedirían difundirse: *Ut sermo Dei currat*. Le comunica el poder que opera los milagros de la gracia: *et clarificetur*. Es necesario que Dios abra sus labios, que inspire confianza á aquellos que tienen el cargo de predicarla; que les enseñe á anunciarla de modo eficaz: *Ut detur sermo in operatione oris mei cum fiducia notum facere mysterium Evangelii .., ita ut oportet me loqui*. Sólo El conoce las disposiciones, las necesidades de los oyentes, y por lo mismo la palabra que ha de ser de salvación para ellos. Es necesario que El la ponga en los labios de su ministro; pero importa que abra igualmente la inteligencia y el corazón (1) de los que han de oírle, que les mueva á someterse, pues no todos, por desgracia, obedecen al Evangelio (2).

La predicación es obra de celo, de olvido de sí propio, de amor de Dios y del prójimo; y ¿no es en la meditación en donde se inflama este amor? *In meditatione mea exardescet ignis* (3). Al terminar una oración bien hecha, entiendo la importancia del ministerio de la palabra divina, siento en mí ardiente deseo, santa pasión de salvar á las almas cuyo infinito valor me ha sido revelado por las lágrimas y la sangre de Jesucristo. Pienso únicamente en pronunciar un discurso útil, antes que hacer supremos esfuerzos para rebuscar pensamientos sutiles ó frívolas divagaciones; y así quedo preservado de las in-

- (1) Act., XVI, 14.
- (2) Rom., X, 16.
- (3) Ps., XXXVIII, 4.

quietudes del amor propio que nos quitan la mitad de nuestras fuerzas.

¿Cuál es además el fin de la predicación? ¿Es sólo el convencer á los espíritus? No: es sobre todo el mover los corazones. Ganado el corazón la voluntad se rinde, rómpense las cadenas, se aceptan los sacrificios y triunfa la virtud. Es necesario, pues, remover el corazón, calentarlo, arrastrarlo; es necesario excitar las nobles pasiones, atemorizar las conciencias culpables, y producir en ellas esas profundas impresiones que determinan á la acción: *Frustra persuadetur verum esse quod dicitur, frustra placet modus quo dicitur, si non ita dicitur, ut agatur* (1). Mas para hablar al corazón, es preciso que el lenguaje salga del corazón; para moverlo, no hay medio como el estar movido uno mismo: *Qui non ardet non incendit* (2). Si un Sacerdote se halla profundamente penetrado de las verdades que anuncia, su voz, su gesto, sus movimientos, la unción de sus palabras trasladan á los oyentes las impresiones que experimenta. Nada conmueve más que el aspecto y los acentos de un hombre visiblemente conmovido; esto proviene de que en las conversaciones con Dios que hacemos acopio de esas llamas celestiales que tanta vida dan á la predicación. Lo patético es el nervio de la elocuencia cristiana, y su fuente se halla para el Sacerdote en la oración.

Señor, derramando con abundancia el espíritu de gracia y de oración (3) sobre aquellos á quienes enviáis á la conquista de las almas, hacéis de ellos instrumentos de vuestra gran misericordia por la predicación del Evangelio; sólo á los hombres de oración concedéis el publicar digna y útilmente vuestra santa Ley. Despojados de sí mismos y buscando sólo vuestra gloria, de Vos únicamente reciben sus inspiraciones; habláis por sus labios, santificáis por su ministerio. Toman de vuestra verdad la ley que

(1) S. Aug., l. IV, de *Doctrina Christ.*

(2) S. Greg.

(3) Zach., XII, 10.

alumbra á los ciegos, y en vuestro amor el aliento de vida que resucita á los muertos. Dadme, ¡oh Dios mío! el espíritu de oración. Haced que yo estime y que practique con fervor un ejercicio necesario por dos modos á quien debe ser santo para santificar á los demás. Concededme el hábito de orar antes y después de la predicación, así como también durante ella, para hallarme siempre unido con Vos; así seré criador con Vos; y vuestra palabra poderosa, que anunciaréis por ministerio mío, cambiará tarde ó temprano la faz del campo espiritual que me habéis confiado: *Emitte Spiritum tuum, et creabuntur, et renovabis faciem terra.*

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*La Escritura y la Tradición.*—Los profetas y los apóstoles unían, como inseparables, la oración y la predicación. Los doctores de la Iglesia, San Gregorio, Santo Tomás, San Agustín.... llenaban delante de Dios el deber de suplicar, antes de cumplir el de doctores en medio de los pueblos: *Quis novit quid ad præsens tempus dicere expediat, nisi qui corda omnium novit?*

PUNTO SEGUNDO.—*El sentimiento y la práctica de los verdaderos predicadores ha confirmado constantemente esta doctrina:*—El P. Lejeune, Bossuet.... todos los hombres apostólicos han proclamado, que la oración es el verdadero resorte de la predicación. Para santificar á sus oyentes se llenaban de la gracia que comunica la oración. ¿Qué es la predicación sin la oración? *Æs sonans, aut cymbalum tinniens.*

PUNTO TERCERO.—*La misma naturaleza de la predicación exige el espíritu de oración.*—La oración dispone los caminos para la palabra de Dios. Destruye los obstáculos que le impedirían comunicarse. Dios conoce las disposiciones y las necesidades de sus oyentes, y por lo tanto la palabra que conviene dirigirles; es á su bendición que deberá sus resultados. Obra de celo es la predicación, y es en la oración que se enciende el celo. El medio de conmover á los demás, es el moverse á sí mismo. La fuente de lo patético es la oración.

MEDITACIÓN LXV

Preparación para el ministerio de la palabra divina

- I. Su importancia y su necesidad.
- II. En que consiste principalmente.

PUNTO I

Es necesario prepararse cuidadosamente para la predicación

Por este ministerio fué fundada la Iglesia, y él la conserva. El es el principio de todo cuanto hay en el hombre de vida sobrenatural y cristiana; y así es él sobre todo, el que realiza los dos más grandes bienes que podemos desear: la gloria de Dios y la salvación del género humano. Preguntar si debo prepararme para ministerio de tanta importancia equivale á preguntar si puedo tentar al Señor, faltar el respeto á su palabra y comprometer los inmensos intereses de la valiosa misión que se me ha confiado.

Con efecto si subo al púlpito sin preparación, fuera de aquellos casos de real necesidad que dan particular derecho á la asistencia del Cielo y á la indulgencia de los oyentes, exijo de Dios nada menos que un milagro para aliento de mi presunción ó paga de mi negligencia; me fío de que Él instruirá, moverá, convertirá con un discurso que, por lo común, carece de todo cuanto puede producir esos felices resultados, y eso se llama tentar á Dios. Me expongo á encontrarme en dificultades que me será imposible disimular, á caer en fastidiosas repeticiones, á perderme en disgresiones sin fin, á dejar escapar expresiones poco medidas, ó hablar sin dignidad... ¿No hay en todo esto culpable irreverencia hacia esa palabra sagrada á la cual se debe tanto respeto? Desprestigio mi ministerio en el espíritu de los que me

oyen, y de aquellos á quienes comunicarán sus impresiones. Privo á las almas del Pan Celestial que necesitan para su vida; las alejo de la religión... ¿No es esto deshonar al adorable Maestro cuyo embajador soy, y comprometer el éxito de mi sublime misión?

Por el descuido en prepararme faltaré á las condiciones más indispensables para la buena y útil predicación.

Faltaré á *la exactitud*, saliendo de lo verdadero por exceso ó por defecto, diciendo demasiado, ó por no decir lo suficiente... Aun los más hábiles no encuentran siempre el término preciso que la verdad exige. ¡Cuántas palabras aventuradas y poco teológicas en ciertas explicaciones irreflexivas á las cuales se va aún sin quererlo! Si yo al predicar mereciera este elogio: *Magister, viam Dei in veritate doces*, podría decirse que era sana é irreprochable mi doctrina: *Verbum sanum irreprehensibile* (1).

Faltaré á *la precisión*, porque se necesita trabajo para quitar del discurso todo cuanto, sin convicción al fin, sólo obscurece la verdad en vez de ilustrarla. No es fácil ser conciso cuando no se posee bien el asunto.

Faltaré á *interés*: las notas salientes, las imágenes vivas, las comparaciones naturales, ese orden hermoso, la dicción pura y ornada sin apartarse de la sencillez..., todos esos inocentes atavíos que cautivan á las almas, apenas pueden ser improvisados por muy pocos. Por eso tantas exhortaciones fastidiosas, y por consiguiente inútiles al menos. Por eso aquella observación harto fundada de que cuesta mucho el atender la predicación que no costó nada el preparar. Debo, pues, prepararme, hallar el tiempo necesario, procurarme los medios; la misma ley que me obliga á predicar me impone el predicar útil y convenientemente.

(1) Tit., II, 8.

PUNTO II

En qué consiste principalmente la preparación para el ministerio de la divina palabra

En estudiar con diligencia el asunto que debemos tratar, y en ponernos con las disposiciones interiores que nos harán menos indignos de ser instrumentos de la misericordia divina.

1.º Aun cuando la acción de Dios es independiente de la nuestra, y con frecuencia santifica por caminos que nos son completamente desconocidos, quiere sin embargo que sus ministros empleen los medios establecidos por su Providencia para servir de canal á sus gracias. Si ha querido conducir á los hombres á la fe y á la salvación por la locura de la predicación: *Placuit Deo per stultitiam prædicationis salvos facere credentes* (1), no quiere menos que nuestra predicación sea prudente y sabia, que vaya preparada por el estudio y el trabajo. Aún en los primeros tiempos de la Iglesia, cuando casi todos los predicadores eran hombres de milagros, exigía San Pablo á Timoteo que observase la misma diligencia al instruirse que al instruir á los demás: *Attende lectioni, exhortationi et doctrinæ*.

El mismo, ese hombre del tercer Cielo, necesita consultar sus libros, y ruega á sus discípulos que se los lleven (2). Es necesario según esto, estudiar el asunto. El que lo posee, el que ha visto su fondo, comparado sus partes, ese únicamente lo domina y lo gobierna según su querer; lo levanta, lo abate, lo extiende, lo compendia, según las necesidades de sus oyentes. Hemos de buscar lo mejor para decir, y el modo mejor de decirlo, pero además:

2.º Debemos merecer, tanto como nos sea posible, el ser los instrumentos de su gracia. Jesucristo va á

(1) I Cor., I, 21.

(2) I Tim., IV, 13.

hablar por nuestros labios; ¿qué hemos de hacer sino unirnos á El, confiarnos á su espíritu, para que cumpla por nosotros sus designios de misericordia en favor de nuestros hermanos? Salgamos para esto de nosotros mismos, conformémonos á sus adorables intenciones; renunciemos por completo á toda mira, á cualquier consideración de amor propio, y puesto que no se complace sino en corazones puros, borremos con un acto de arrepentimiento ó por cualquier penitencia las faltas que hemos cometido. En el sagrado altar, antes de pronunciar el texto del Evangelio, roguemos al Señor que purifique nuestros labios, como purificó los del profeta Isaías: *Qui labia Isaie prophete calculo mundasti ignito*; es muy útil hacer la misma súplica antes de la predicación. San Francisco de Sales desea que le precedan la confesión y la celebración de los santos misterios. «No es creíble, dice con San Juan Crisóstomo, cuanto temen los demonios la boca que ha recibido á Jesucristo, porque tiene mayor seguridad, más luces y ardor (1).»

Disce per orationem: invoca me, et veniet in te Spiritus sapientie. Disce per studium: scrutare Scripturas. ibi invenies jacula..... Imple ergo cor tuum eloquiis meis, ut ex abundantia cordis os loquatur..... Cum cathedram ascensurus es, cogita me esse presentem; me, Verbum æternum, voce tua uti ad salvandas animas. Sis quasi unum mecum esses, cum spiritu meo, cum charite mea, cum potestate mea..... (2).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Es necesario prepararse cuidadosamente para la predicación.* Preguntar si es necesaria esta preparación equivale á preguntar si es permitido tentar á Dios, faltar al respeto á su palabra, y paralizar un ministerio sobre el

(1) Carta al arz. de Bourges.

(2) *Memor. vit. sacer.*, c. LIII.

cual descansa toda la religión.—Sin preparación me expogo á carecer de exactitud, de precisión y de interés. La misma ley que me obliga á predicar me impone el hacerlo útil y convenientemente.

PUNTO SEGUNDO.—*En qué consiste esta preparación.* Estudiar el asunto y ponerme en las disposiciones que Dios pide para hacerme instrumento de su misericordia.—La predicación que no está preparada por el estudio y el trabajo, es imprudente. San Pablo quiere que Timoteo lleve á la par el afán de instruirse y de instruir á los demás. Debo merecer tanto como me sea posible el ser instrumento de la gracia. Mas para esto es necesario que me despoje de mí mismo, que me una al Salvador, abandonándome á su espíritu: *Disceper orationem: invoca me, et veniet in te Spiritus sapientiae... Imple cor tuum eloquiis divinis, ut ex abundantia cordis os loquatur.*

MEDITACIÓN LXVI

Deseo de vanagloria en la predicación

- I. Es muy criminal.
- II. Cómo debemos evitarlo.

PUNTO I

Que desorden es subir al púlpito con miras de vanidad: debemos detestarlo á todo trance

El que predica por vanagloria hace á Dios un gran ultraje por ejercer tan santo ministerio sólo por buscar su adulación; además defrauda al prójimo tan sano alimento por atender á sí mismo.

1.º Eso es ultrajar á Dios. El predicador es embajador de Jesucristo enviado para someter á su ley ó devolver á su obediencia á las almas que habían sacudido su yugo y rehusaban servirle. Pero ¿qué es lo que hace si escucha las inspiraciones de la vanagloria si cede al deseo de ser alabado? El mismo se rebela contra su soberano Señor. En cierto modo

le suplanta y quiere ocupar su puesto en la estima de las criaturas. Semejante á Judas que en el ejercicio de su apostolado buscaba sórdida ganancia y á la vez el interés no menos vil de su soberbia. Más interesado en conquistar renombre, que en afiliar almas bajo el estandarte de la Cruz, profana la santidad del púlpito, haciendo del trono del Evangelio asiento de su vanidad y pedestal de su ambición. Envilece su dignidad, dice Bossuet, hasta el punto de poner á servicio del deseo de agradar el ministerio de instruir; no se avergüenza de comprar palabras de lisonja con la palabra de la verdad; alabanzas, alimentos vanos de los espíritus ligeros por el sólido y sustancial alimento que Dios ha preparado á sus hijos; ¡qué indignidad! ¿Se hace por ventura hablar así á Jesucristo? ¿No es esto corromper la palabra divina, empleándola, no en dar á Dios hijos espirituales, sino en procurarse para sí propio necios aduladores é insensatos admiradores? *Adulterantes verbum Dei* (1).—*Adulterare verbum Dei est, ex eo non spirituales fructus querere, sed. adulterinos fructus laudis humanae* (2). San Jerónimo dice del mismo predicador: *Nomen Dei despicit, panem polluit doctrinarum, et in ipsum Deum jacet contumelias* (3).

2.º Es defraudar al prójimo. Figuraos un padre que quiere salvar á sus hijos de un gran peligro; ¿qué se diría de él si, ocupándose menos de libertarlos que del juicio de los espectadores sobre la mayor ó menor habilidad que despliega en sus maneras, se consolara con la inutilidad de sus esfuerzos, con tal de que fuese aplaudida su destreza? ¡Qué grito de indignación se levantaría contra esa fría crueldad! Tal es sin embargo la incalificable conducta del predicador vanidoso. Padre de su pueblo, enviado para arrancar á sus hijos del horror de un suplicio eterno, piensa más en el brillo de sus talentos que

(1) II Cor., IV, 2.

(2) S. Greg. *Moral.*, l. XVI.

(3) *In Malach proph.*, c. I.